



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

MIÉRCOLES 1.º DE OCTUBRE DE 1873.

NÚM. 134.

ADVERTENCIA.

Habiéndose ausentado nuestro Director por algun tiempo, rogamos á todos aquellos que tengan que enviar á esta Redaccion cartas, artículos ú otra cualquier clase de remitidos, que lo hagan á D. Andrés Sanchez del Real, calle de Santa Isabel, núm. 39, cuarto segundo derecha, ó bien á la calle de la Madera Baja, núm. 8, Capilla Evangélica.

LA LUZ.

Ha pasado el 29 de Setiembre, día glorioso por tantos títulos. Cinco años van trascurridos desde aquel glorioso día; cinco años de pruebas, de catástrofes, de rudos sinsabores. Como si el cielo hubiera querido probarnos, ha descargado sobre nosotros terribles golpes. Y lo merecíamos. Como nacion, nos habíamos dejado tiranizar sin medida y sin cuento; como individuos, los unos hablamos vivido en la incredulidad, los otros en el fanatismo y la supersticion y todos sin esperanza y sin Dios en el mundo. Necesitábamos castigo, y le hemos tenido y le tenemos en verdad.

Desde aquel día glorioso, ¡cuántos sucesos han pasado! La España, muerta para la verdad divina, ha resucitado. Nubes de colportores han corrido pueblos y aldeas, y en todas partes, como señal de su paso, han dejado Biblias, Tratados, buenas palabras, fecunda semilla de la doctrina evangélica. En unas partes los han acogido bien, en otras mal; pero de todos modos no ha habido que lamentar catástrofes en este punto. Dado el grado de rudeza de algunas de nuestras comarcas, hubiérase creído que hubieran resistido á sangre y fuego la entrada en ellas de los colportores y predicadores del Evangelio, para que *no les quitaran su religion* segun sus frases. Pero no ha sucedido así.

El país ha empezado á conocernos, y esto ha sido un inmenso bien. Ha comparado entre los predicadores evangélicos y los curas católicos, y la comparacion no ha sido desfavorable para aquellos. Ha visto quiénes predicán la paz y quiénes predicán la guerra; ha visto quiénes difunden la verdadera doctrina de Jesucristo,

quiénes la falsa; ha visto de parte de quién está la ilustracion y de parte de quién está la ignorancia y el fanatismo; sabe que nosotros, á la sombra de la bandera de Cristo, no hemos organizado para la guerra partidos políticos y sabe que ellos se han valido y se valen de la religion como una careta para conseguir sus fines políticos; y sabe, en fin, que nosotros sólo queremos el adelantamiento moral del pueblo, la ilustracion y la mejoría de sus costumbres, mientras que ellos sueñan todavía con la ignorancia antigua, con las Universidades cerradas y las escuelas de tauromaquia abiertas y con la estupidez del pueblo para explotarle á sus anchas y vivir ellos expendidamente con los pingües productos del fanatismo de aquel.

Yo quiero suponer que en un tiempo dado el protestantismo se hallare en España en las condiciones en que hoy se encuentra el catolicismo. ¿Promoveríamos nosotros, á estar en nuestra mano, una guerra tan terrible y tan cruel como la que ha promovido el absolutismo, explotando para esto el nombre de Cristo y su religion? No, y mil veces no. Hacer una guerra de pillaje y destruccion, invocando el nombre de un Dios de paz y de amor; destruir puentes, quemar estaciones y echar abajo postes telegráficos, cosas que muchas de ellas sólo prueban afan de mal y de exterminio; dejar muchos curas y aun obispos abandonadas sus parroquias y sus diócesis para ir á reunirse con el Pretendiente, todo esto nos consideramos incapaces de hacerlo y lo creemos indigno de una religion cualquiera. Váyanse á pelear los que quieran por esta ó la otra bandera política, que el fin de los sacerdotes de todas las religiones, en que no se haya perdido del todo la semilla cristiana, será predicar la paz, la fraternidad, el amor y el perdon.

No es poco que en este periodo de cinco años el pueblo haya hecho estas comparaciones. Esto ha hecho que se ande la mitad del camino. El que compara y ve la diferencia que hay entre los dos objetos que sirven de término á su comparacion, se decide por el más ventajoso. Suponiendo que el catolicismo nada tuviera de falso, sus mismos ministros con su conducta le harían un terrible daño. Hay muchas gentes que se separan de la Iglesia de Roma, no porque detesten sus errores, sino porque abominan los de los curas. Estas conversiones no podremos desearlas nosotros, porque sólo queremos á gentes que vengan á nos-

otros por Cristo sólo, pero no por eso deja de ser cierto que tienen lugar.

Saludemos con júbilo el aniversario de la Revolucion de Setiembre. Ella nos dió entrada en esta tierra, proteccion y tolerancia. Ella borró para siempre sin duda de las antiguas Constituciones el lema del exclusivismo religioso y nos permitió congregarnos libremente. ¡Dios bendiga á España, la liberte de las garras de los clérigos intolerantes y batalladores y la traiga sobre todo á Cristo prontamente!

LA RUSIA Y EL EVANGELIO.

(Continuacion.)

Pero este progreso ó este movimiento afecta las direcciones más diversas, y es inútil decir que algunas de ellas no son las más convenientes. Sea de esto lo que se quiera, los elementos más diversos se encuentran, chocan unos con otros, y cuando se dirige la primer ojeada sobre este campo, la confusion parece reinar en él. El Espíritu de Dios se mece sin duda sobre este caos y de él hará surgir la luz y la armonía. Ya se muestran los efectos de su poder, en medio de este aparente desorden; cuando se observan los hechos atentamente y estos dejan descubrir algunos rasgos del plan divino para la salvacion y levantamiento de este país.

En todas las clases de la poblacion rusa se deja sentir un movimiento, movimiento que arrastra á examinar el pasado, á darse cuenta del presente y á inquirir el porvenir con insistencia. El pueblo, esa masa aislada, ignorante, inconsciente de su fuerza y que acaba de arrancar del cuello de su hijos la cadena de la servidumbre, el pueblo ¿qué parte toma en este movimiento? A esta pregunta se puede contestar de una manera general: Aprende á leer. Silencioso y tranquilo se prepara á recoger los frutos de su libertad, y á ocupar el papel y el lugar que le correspondan en la vida de su país. Pocos años hace que todavía, abrumado por el trabajo, por la miseria, bajaba pacientemente la cabeza al yugo y no manifestaba sino muy raramente, y en ocasiones solemnes, la sávia que circulaba bajo aquella corteza aparentemente endurecida y fria. Más de una vez, es cierto, su fuerza comprimida, pero vigorosa, ha venido en socorro de la patria en días de crisis políticas; pero pasado el peligro, caía de nuevo en su sopor, y esperaba otra vez con paciencia el momento de despertar. La disidencia religiosa tambien, en sus aspiraciones sanas como en sus extravíos, el *raskol*, con sus sectas diversas y numerosas, es la prueba incontestable

ble de una vida interior que pretende traspasar límites demasiado estrechos y abrirse un nuevo cauce ancho y profundo. En efecto, la disidencia en Rusia es una obra popular, en la que las clases civilizadas casi no han tomado parte y que presenta fielmente los rasgos principales del carácter nacional. Separado de la Iglesia establecida, sufriendo las persecuciones combinadas del clero y del Estado, el *raskol* se ha mantenido durante tres siglos, se ha desenvuelto considerablemente, y cuenta en su seno algunas sectas respetables por la pureza de sus principios, y por la seria moralidad de sus adictos.

Por lo demás, para aquel que ha visto de cerca al pueblo ruso, este juicio no tiene necesidad de pruebas históricas. Un poco de atención, un poco de esa penetración que la simpatía hace nacer, bastan para convencer al observador que hay allí en las clases populares un rico terreno que cultivan, digno de un trabajo serio y desinteresado. El tiempo de ese trabajo parece ser ahora y parece que Dios mismo llama á él á todos los que quieren escuchar su voz. El paisano ruso, en el cual la emancipación ha despertado el sentimiento de su individualidad, quiere saber leer y escribir á fin de penetrar, en alguna parte al ménos, los misterios de esa burocracia que le rodea, y hacia la cual siente un miedo tan profundo. Teme el poder del papel sellado, adivina sus sutilezas y quisiera desembarazarse de esa red que le impide dar un paso. El Gobierno y la nobleza en las personas de sus mejores representantes, han respondido de concierto á esa necesidad del pueblo con la fundación de escuelas, tanto en las tierras que pertenecen á los nobles como en las que pertenecen al Estado, y estos esfuerzos reunidos han producido ya un efecto considerable.

Mientras de esta suerte se preparaban lectores en pueblos y en ciudades, Dios, que hace concurrir todas las cosas al cumplimiento de sus designios, les preparaba una hermosa lectura. Esta frase, hallada por el pueblo y por el soldado ruso como expresión de su sencilla y conmovedora admiración por el contenido del Nuevo Testamento, surge naturalmente de la pluma. Sí, una bella lectura, la más bella de todas, la sola que da un fundamento sólido al desenvolvimiento moral de una nación. Y el pueblo ruso, más que otro, tenía necesidad de esa lectura. Religioso por naturaleza, lleno de veneración hacia las cosas santas, se le ve acudir en multitud á las iglesias en que se predica, y escuchar ávidamente una palabra por lo general estrecha y fría. Las escuelas abiertas hace algunos años por jóvenes progresistas con el fin de minar los fundamentos del orden divino y humano en el espíritu del pueblo, no han encontrado acogida en el paisano que con el sentimiento instintivo del abismo adonde se le quería arrastrar, contestaba, moviendo la cabeza á alguno de sus maestros: «No, no, tú no hablas bien.»

LA FAMILIA CRISTIANA.

VI.

Antes de que yo pudiera contestar, aquella mujer dió una voz y se presentaron otras cinco ó seis mujeres más.

Las hizo una seña, y empezaron una danza vertiginosa, espantosa, hechicera. Yo sentía vértigos y las sienes me zumbaban de una manera terrible. Parecía como si me dieran martillazos en ellas. Yo no podía sufrir aquello. Era una danza violenta unas veces y otras lánguida como las delicias del Paraíso. En fin, yo no sé lo que fué de mí. Cuando volví de mi ensueño, de mi vértigo ó de lo que fuera, me encontré en la calle, cansado y lleno de pesar. No salía de aquella casa con la pureza con que había entrado. ¡Miserable de mí! Eché á andar y mis piernas vacilaban como las de un ebrio. Sentí que me tocaban en el hombro y volví apresurada-

mente la cabeza. El hombre que me había encontrado en el camino al venir á Placer-sobre-el-Oro, con su semblante horroroso y su sonrisa infame, estaba delante de mí.

—¿No os decía yo? me dijo.

—¿Qué me decíais? le contesté.

—Que todo el que entraba en esta ciudad, me pertenecía.

—Y me digísteis que os llamábais...

—Satanás.

—¡Ah!

Le dejé con la palabra en los labios y eché á correr. Me espantaba aquel hombre, á pesar de que insistía en no querer creerle. De todos modos, me iba ya acostumbrando á aquella hermosa ciudad y empezaba á respirar á mis anchas.

¡Qué hermoso era todo aquello! Los palacios eran de mármoles y jaspes y no había allí más que palacios. El oro y la seda brillaban por todas partes. Las gentes iban en coche y raros eran los que iban á pie.

Como yo no conocía allí á nadie, me dirigí á un joven muy apuesto y elegante que bajaba de un coche é iba á entrar en una casa.

—Joven, le pregunté, ¿acaso aquí no se permite transitar por la ciudad á pie?

El me miró con extrañeza. Sonrióse luego con lástima profunda, y me dijo:

—Dejadme en paz; sois un estúpido.

Me quedé como quien ve visiones ante aquella respuesta. Cuando quise contestarle, ya había desaparecido.

Avisté á un pobre hombre, todo desarrapado y roto, que venía hacia mí, y le detuve.

—Amigo mío, le dije, ¿queréis escucharme?

—¡Por qué no! exclamó el otro.

—Yo soy extranjero en esta ciudad y no conozco sus usos y costumbres. ¿Queréis decirme por qué la mayoría de las gentes vá en coche?

—¡Bah! porque casi todos son ricos.

No pude contener un grito de asombro.

—¡Todos ricos! repliqué sin poder detenerme.

—Todos ricos.

—¿Y cómo se hace para serlo?

La tentación se iba apoderando de mí.

—Hay mil medios.

—Decidme uno.

—Os diré mil. Si sois juez, vended la justicia; si sois comerciante, robad...

—Callad, le interrumpí yo, y no me digáis semejantes infamias. Esos son delitos que se castigan en todas las ciudades de la tierra con penas severísimas.

—¡Ta, tal! exclamó riendo mi hombre; aunque fuera verdad eso de que en todas las ciudades del mundo se castigan esos delitos, que no lo es, en esta ciudad no rigen semejantes leyes.

—Lo que me decís es absurdo.

—Os parecerá á vos. Aquí el objeto principal es hacer mucho dinero para gozar todo lo posible. Las leyes son muy amplias y permiten todas las maneras posibles de allegar riquezas. Con que haced la de todos y dejaos de cuentos.

—¿Qué ciudad esta!

De todas maneras debo confesar que me sentía ménos mal que á mi entrada en Placer-sobre-el-Oro. Aquello de que allí se podía ser rico á poca costa, me enardecía y me llenaba de ilusiones. Yo siempre he tenido vivas ansias de poseer mucho oro y no es extraño que hasta en sueños no me abandonase este pensamiento.

El hombre aquel me dijo:

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál? le contesté.

—La de haceros rico pronto.

—¿Hacerme vos rico pareciendo tan pobre?

—¡Bah! ¿Sabeis quién soy yo?

—¿Quién?

—Un emisario del sultan.

—¿Del sultan?

—Del sultan Sat-Anás.

Me eché á reír.

—¿Y cómo ese señor sultan, exclamé no pudien-

do disimular mi incredulidad á sus palabras, permite que sus emisarios vayan en un traje tan ruin como el vuestro?

—Y vos, pobre hombre, me dijo con marcado desden, ¿cómo habláis así sin saber en la tierra en que estais? ¿Quién os ha dicho que yo no pueda estar así por no haber querido cumplir en algun tiempo la voluntad del poderoso Sat-Anás?

—Teneis razon.

—En fin, dejemos esto. ¿Queréis ser rico, sí ó no?

—Sí, contesté resueltamente.

—Venid.

Me tomé de la mano y ¡cosa extraña! aquella mano ardía. Por lo visto esto era peculiar de todos los habitantes de Placer-sobre-el-Oro. Yo me sonreí y me dije como burlándome: «¡Si estarán condenados todos los moradores de esta ciudad!» Mi guía me hizo atravesar calles y calles, plazuelas y encrucijadas, hasta que llegamos á una magnífica casa que era más bien un suntuoso palacio.

—Aquí es, dijo mi mentor.

—¿Y qué casa es esta? pregunté.

—Ya vereis, entrad.

Y me empujó hacia dentro.

Nó bien hube dado dos pasos, cuando oí la voz de aquel hombre que decía:

—Esperad, ¿teneis dinero?

Me tenté los bolsillos. No le tenía.

—No, le contesté.

—Tomad entonces.

Me alargó la mano y puso en la mía todas las monedas que podía abarcar.

—Teneis bastante, exclamó, de ahí habeis de salir rico.

Las monedas quemaban. Parecía dinero acabado de salir del infierno. Pero el dinero, venga de donde venga, nos agrada por desgracia, y le tomé con regocijo.

Estaba estupefacto de aquellas maravillas que me sucedían.

Sin embargo, recuerdo que le dí las gracias.

—¿Me dais las gracias? replicó él alejándose. ¡Bah! no me las deis, esto no es más que la paga que os dá vuestro señor Sat-Anás.

Cuando se hubo alejado yo me dije para tranquilizarme que aquel hombre sin duda me había tomado por otro, y que aquel dinero no podía ser la paga del sultan Sat-Anás; tanto más, cuanto que ni yo le conocía á él, ni él á mí.

Pero una vez puesto ya en aquella situación y al pié de la escalera de aquel magnífico palacio, no vacilé en subir.

¡Qué magnífico era todo aquello!

La escalera era de pórfido, la barandilla de plata.

Magníficas estatuas, en posturas verdaderamente diabólicas, llenaban los descansos.

Había lámparas de oro en los techos.

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO, con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del Padre Felipe Scío.

(Continuación).

San Juan, III, 16. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió su Hijo unigénito para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna.

San Juan, III, 36. El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que no dá crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

1. La fé supone el conocimiento del *estado perdido*, y la convicción de que uno no se puede salvar á sí mismo y sería perdido si no viniese un salvador. Quien cree poder salvarse á sí mismo, no es apto para la fé, porque todavía no siente como debe sentir la necesidad de la redención, ni tiene el deseo de la salvación.

2. La fé es una *confianza* en la palabra de la promesa dada por Dios también; una fé en el *poder* que tiene para salvar, así como en su *gracia*, que

quiere hacerlo. Cuando Eva pecaba, engañada por la culebra, empezaba á tener en su corazón desconfianza en las sinceras intenciones de Dios, y confianza en las ilusiones mentirosas de la serpiente. Esta desconfianza era la mala fuente de la desobediencia y del pecado.

3. Según eso, la fé es la mirada arrepentida y deseosa del Salvador; el convertirse á Él con ansia, esto es, el refugiarse al libertador. Si el israelita mordido hubiera pensado en su corazón, ¿qué me aprovechará la serpiente? Ó hubiera creído que la mordedura no era, no, tan peligrosa, ó si algo de resistencia y de enemistad contra Dios le hubiera dominado, no hubiera mirado, y entonces hubiera perecido, no tanto por la mordedura, pues para ella había salvación, sino por su incredulidad. Así el pecador perece no tanto por sus pecados, porque contra ellos es ofrecida salvación en Cristo, sino por su incredulidad, porque no quiere aceptar al Salvador.

San Lucas, II, 50. Mas los fariseos y los doctores de la ley, despreciaron el consejo de Dios en daño de sí mismos, los que no habían sido bautizados por Él.

San Juan, V, 18. Quien en Él cree no es juzgado, mas el que no cree, ya ha sido juzgado porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

En esta historia se debe observar todavía lo siguiente:

1. Que no ha salvado la serpiente de metal, como si se hubiese escondido en ella una potencia mágica salvadora. Así tampoco la cruz de Cristo ni el cuerpo humano de Cristo como sustancia exterior, ni ménos aún cualquier parte ó partículas pretendidas ó verdaderas reliquias, es lo que puede sanar. La fé en tales cosas y el poner la confianza en ellas, nos desvía del verdadero objeto á un falso objeto, y muchos se engañan con eso. Una tal fé falsa llamamos superstición, quiero decir, una fé en la criatura en vez de la fé en el Criador. La curación vino del Dios omnipotente, y solamente puede ser salvado aquel que se convierte á este Dios. Tampoco vino la salvación de Moisés; este era solamente el que mostraba al Salvador.

2. Ni la fé purísima es la que ha hecho la salvación. Porque no puede salvarse el pecador por la elevación interior del ánimo, por una resolución firme, por levantarse de su sueño ó por buenos propósitos. Porque no en el hombre mismo está el poder de salvarse ó de mejorarse. Sólo del Señor viene la salvación. Por eso cuando se dice: «La fé es la que salva» no se debe entender en este sentido falso que hemos combatido. La fé es más bien la mano extendida que acepta la salvación ofrecida. Pero quien no acepta tampoco puede recibir nada.

3. Vemos, por fin, que somos salvados por misericordia y gracia de Dios, de balde, sin un mérito ó sin cooperar nosotros mismos. Él solo salva completamente con buena voluntad y de corazón! Él quiere regalarnos curación, paz y vida nueva. Todos los medios de mejoramiento que empleamos nosotros, los que llamamos ejercicios de piedad, oración, ir á la iglesia, oír misa, libros, amigos, etcétera, no pueden salvar, sino solamente el Señor, y este por gracia. Debemos, pues, correr á Él sólo, pues. Él salva verdaderamente a los que acuden á Él.

San Lucas, XI, 13. Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno á los que se lo pidieren?

San Marcos, V, 36. No temas; cree solamente.

Nada aflige á Dios tanto como nuestra desconfianza; Él que es el más humilde de todos porque se ha humillado bajo nuestra terquedad y perversidad y ha andado en pos de nosotros tomando el camino más bajo, porque le hemos huido en nuestra maldad. Él que es la misma bondad eterna y cuyo ser no está comprendido en ninguna palabra tan bien como en la de San Juan: «Dios es el amor.» Él, que hasta su propia bienaventuranza halla en el salvar y hacer bienaventurados á otros. Él, que ha hecho todo para nosotros, más que ningún en-

tendimiento de hombres podría atreverse á pensar, entregando á sus enemigos á su Hijo unigénito en la amarga muerte de la cruz para que nosotros por fin creyésemos en su amor. ¿Este Dios, hubiera merecido de nosotros que le desconfiásemos, ó le confiásemos en parte solamente, ó que le supusiéramos pensamientos de venganza, concupiscencias malvadas como un hombre malo de nuestra especie? ¿Cómo? ¿Debíamos creer que estamos obligados á aplacar su ira con donativos ó castigos de nosotros mismos ó con otras obras ó medios? ¡Cuán horrible y malvada sería esta perversión de la verdad, si concibiésemos este tal pensamiento: «Mira, mi Dios, he hecho esto y aquello, ó haré esta cosa y otra para que tú no te enojas más de mí. Sería un pensamiento blasfemo. Y sin embargo, muchas veces abrigamos tales pensamientos en nuestros corazones. Tú, oh, hombre, quieres hacerme bueno y á Dios malo. ¡Qué pecado, qué perversidad! Échate, oh, pecador, en el polvo y suplica en la fé: «Dios, ten misericordia de mí, pecador.» Y si ya no puedes pronunciar estas palabras, entonces échate como la gran pecadora, (San Lucas, VIII) llorando á los pies de su Salvador, y Él dejará á un lado todos los soberbios, y en sí mismos justos fariseos juntos con los sabios doctores de la ley y se inclinará á tí delante del mundo orgulloso, que confía con sus virtudes. Él se levantará y te dirá: «Perdonados te son tus pecados; tú fé te ha hecho salvo; vete en paz.» Porque no podemos dar al Señor mayor honra que concediéndole nuestra confianza, quiero decir, nuestro corazón. Un médico siente la mayor alegría, si halla confianza entre los enfermos y ellos acuden á él. Se alegra de cada enfermo, quiere acudir á su casa. Y el médico ayuda á los enfermos más peligrosos primeramente. Dios, pues, dice: (Exodo, XV, 26) «Yo soy Jehová tu Salvador.»

Isaías, I, 11, 18. ¿Que me sirve á mí la muchedumbre de vuestros sacrificios? dice el Señor; harétoy. No quiero holocaustos de carneros, ni sebo de animales gruesos, ni sangre de becerros y de corderos y de macho de cabrio. Cuando veníais delante de mí, ¿quién demandó estas cosas de vuestras manos para que viniérais á pasear en mis átrios? No ofrezcáis más sacrificios en vano; el incienso es abominación para mí.

Neomenia y Saldo y otras fiestas no las sufriré, son inútiles vuestras juntas. Vuestras calendas y vuestras solemnidades las aborrece mi alma; me son enojosas, cansado estoy de sufrirlas. Y cuando estendiérais vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros; y cuando multiplicáreis vuestras oraciones, no os oiré; porque vuestras manos llenas están de sangre. Sanaos, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos; cesad de obrar perversamente. Aprended á hacer bien, buscad lo justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended á la viuda. Y venid y acusad, dice el Señor; si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos; y si fueren rojos como el carmesí, como lana blanca serán.

Isaías, XLIII, 21, 25. Este pueblo le formé para mí, cantará mi alabanza. No me invocaste, Jacob, ni te cuidaste de mí, Israel. No me ofreciste carnero de tu holocausto, ni con tus sacrificios me diste gloria; no te hice hacer servicio con ofrendas, ni te di trabajo con perfume. No me compraste caña aromática por plata y no me saciaste con la grosura de tus sacrificios. Antes me hiciste servir en tus pecados, me has dado pena con tus iniquidades. Yo soy, yo soy el mismo que borro tus iniquidades por amor de mí, y no me acordaré de tus pecados.

Isaías, LXVI, 2. ¿En quién pondré mis ojos sino en el pobrecito y quebrantado de espíritu y que tiembla de mis palabras?

Amós, V, 21, 23. He aborrecido y desechado vuestras fiestas, y no me será grato el olor de vuestras juntas. Aparta lejos de mí el ruido de tus cantos, y los cantares de tu lira no los oiré.

(Se continuará.)

PINTURA DEL AMANECER EN EL DIA DE LA PASION.

La blanca aurora con su rojo paso
En nubes escondida caminaba,
Y los celajes del Oriente raso
De oro confuso y turbia luz bordaba;
Y adivina quizá, del triste caso,
Oscurecer quisiera y alumbra,ba,
No voluntaria, no, mas obediente
Al que gustó de estar en cruz pendiente.

El rubio sol temiendo la carrera,
Escasa daba su hermosa lumbré,
Y discurría por la cuarta esfera,
Ya no por invención, mas por costumbre;
Y si pintarla con verdad pudiera
En el bajo hemisferio y alta cumbre,
Oscuridad y luz, y noche y día,
Todo por hacer monstruos lo haría.

El aire sus alegres arreboles
De apacible escarlata sonrojados,
Que parecen vistosos tornasoles
De diversos matices retocados
Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
Que embestirle quisieran abrazados
Melancólico y turbio se hurtare
Porque la claridad no le bañare.

Las dulces avecillas voladoras,
Que al rayar de la luz cantan risueñas,
Olvidando las músicas sonoras
Por su Dios se mostraban zahareñas;
Mudas las lenguas antes chirriadoras
Daban de su dolor bastantes señas,
Que como naturalmente obedecen
A Dios, por Dios callando se entristecen.

Los peces que en el agua trasparente
A la mañana alborozados juegan,
Y la plaza del aire refulgente
De aljófar cubren y de escarcha riegan
Y remedando al escuadrón valiente,
En varias tropas á encontrarse llegan,
Dividian los líquidos cristales
Mas bien por ver á Dios en penas tales.

Las fieras en los bosques detenidas
Contra lo que sus almas les dictaban,
Las hondas cuevas de horror vestidas
Huyendo de la nueva luz buscaban,
Y allí presas, con rabia enfurecidas,
A su Criador bramando se quejaban,
Y si tuvieran para más licencia
Vengáran su bondad y su paciencia.

Sólo Caifás, más que las bestias bruto,
De la aurora no veía el paso lento,
La escasez del sol, del aire el luto
Y de las aves el callar atento,
Del mar turbado el singular tributo,
De los peces el tardo movimiento
Y de las bravas fieras los enojos,
Porque la envidia le cegó los ojos.

HOJEDA. (Cristiade, lib. V.)

SABIDURÍA DE DIOS

REVELADA EN LA ARMONÍA DEL UNIVERSO.

Este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan rara multitud de criaturas, sin embarazarse unas á otras, antes bien, dándose lugar y ayudándose todas entre sí, es otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Creador, con lo cual dispone todas las cosas en peso,

con número y medida; porque si bien se nota, cualquiera cosa creada tiene su centro en orden al lugar, su duración en el tiempo, y su fin especial en el obrar y en el ser. Por eso verás que están subordinadas unas á otras, conforme al grado de su perfección. De los elementos, que son los ínfimos en la naturaleza, se componen los mistos, y entre estos los inferiores sirven á los superiores. Esas yerbas y esas plantas que están en el más bajo grado de la vida, solo gozan la vegetación moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfección en el durar y crecer sin poder pasar de allí; estas sirven de alimento á los sensibles vivientes que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del aire; ellos pacen la yerba, pueblan los árboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas y se amparan con su toldo; pero unos y otros árboles y animales se reducen á servir á otro tercer grado de seres, mucho más perfectos y superiores, que sobre el crecer y el sentir, añaden el raciocinar, el discurrir y el entender; y este es el hombre que, finalmente, se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. De esta suerte, con tal maravillosa disposición y concierto está todo ordenado ayudándose las unas criaturas á las otras para su aumento y conservación. El agua necesita de la tierra que la sustenta; la tierra del agua que la fecunda; el agua se alimenta del agua, y del aire se ceba y alimenta el fuego. Todo está así ponderado y comparado para la unión de las partes, y ellas lo están en orden á la conservación de todo el universo.

P. GRACIAN.

LOS CRISTIANOS DE NUEVO CUÑO.

PRIMERA PARTE.

En tiempos de paz.

I.

En casa de un obispo en vísperas de elecciones.

Son las tres de la tarde del 19 de... de 186.... El obispo de B. está sentado en un sofá con la frente inundada de sudor; tiene el aspecto fatigado como el que acaba de hacer varias, cortas y urgentes visitas.

—¿Espera mucha gente en la antesala, Mauricio? pregunta el obispo á su secretario.

—Hay lo menos veinte personas que esperan, señor.

—¡No tendré paciencia para tanto! Es cosa de volverse uno loco... Estoy tentado de no...

—¡Ánimo, señor! hay electores que disponen de veinte y treinta votos.

—Vamos á ver, Mauricio, ¿conoces á esos electores?

—La mayor parte, señor; en todo caso tengo notas acerca de cada uno de ellos.

—Bien. El primero que espera ¿cómo se llama?

—D. Gregorio Climent, cura de H.

—Dile que entre.

Mauricio abrió la puerta y anunció á D. Gregorio.

II.

El cura y el obispo.

—Señor: Sois el enviado de Dios, dijo el cura al obispo, para remediar los males que la gloriosa ha traído á nuestra patria. El manifiesto que habeis dado esta mañana está redactado con tanta maestría y doble intención, que estoy seguro, segurísimo que os votarán desde el carlista más fanático hasta el republicano más fogoso, desde el católico más acendrado hasta el ateo más contumaz. A todos dejais abierta la puerta de la esperanza, y van á quedarse con un palmo de narices.

—Gracias mil, mi querido Gregorio, por tantos

y tan inmerecidos elogios. Para llegar á un fin bueno, válido nos es emplear todos los medios.

Hablaron de elecciones y del bien que en estos tiempos calamitosos podían hacer á la Iglesia. El uno prometió á su inferior hacerle canónigo, y el otro juró á su superior ensalzarle en *El Pensamiento Español* para que lograra ser arzobispo.

III.

El médico y el obispo.

—Que pase otro, Mauricio, dijo el obispo. ¿Cómo se llama? ¿Quién es?

—Se llama D. Ricardo Puigserver, joven médico que dispone de una quincena de electores; es republicano que aborrece á D. Carlos, á quien nunca llama más que rey de los alcornoques, y no puede ver á los hombres de Iglesia, á quienes designa siempre con el nombre colectivo de *cuervos*; hombre fino á quien hay que tratar con muchas consideraciones, *suñerista* clásico, y autor de varios folletos anti-religiosos.

—¿Qué diablos querrá este espanta-pájaros? No hay remedio. Tendremos que desempeñar bien el papel. Una docena de votos no es cosa de dejar perder. Ya está aquí.

El médico entró.

—Entre Vd. D. Ricardo, dijo el obispo con voz afable apretándole vivamente la mano. ¿Quién había de decir que el honrado Sr. Puigserver, el famoso médico...

—Es demasiado honor, señor obispo, es demasiado....

—¡Cómo demasia lo honor! Las personas tan honradas como Vd., tan francas y de tan buen criterio, son muy raras en nuestros días de corrupción política é hipocresía religiosa, y es un placer estrechar su mano. ¿Y qué es lo que me proporciona la inmensa alegría de ver á Vd. por aquí?

—He leído vuestro manifiesto una y dos veces, y aquellas frases de «tantas injusticias y ridiculeces que se esconden bajo el manto de la religión» me han decidido venir aquí á ofreceros mis votos, porque, señor obispo, yo soy ateo, y francamente, lo que huele á religión me repugna.

—Venga esa mano, caballero. Vd. vive un siglo adelantado. Sus ideas son las mías, y si yo sigo trabajando en el edificio religioso es para minarle poco á poco hasta que se derrumbe. (1)

Hablaron largamente de la cuestión religiosa, el médico salió, y el secretario anunció á D. Félix Pons.

IV.

El escultor y el obispo.

—¿Quién es ese Pons, le conoces? le dijo á Mauricio.

—Sí señor. El Sr. Pons tiene 45 años, es escultor y pintor sagrado, es hipócrita y envidioso y hará todo lo imaginable con tal que le deis trabajo y se lo recomendeis. Arrastra siete ú ocho votos...

—¡Diablos! no le hagais esperar.

—¡Hola, D. Félix Pons, digno sucesor de los grandes pintores cristianos de los siglos XIV y XVI! ¿Qué buenos vientos le traen por mi casa?

—Señor obispo, respondió con humildad, no soy más que un mediano pintor, aficionado á la escultura y nunca creyera que mi pobre reputación llegaría hasta vos.

—Escuche, sin adulación, Sr. Pons. No tengo el honor de ser artista y es un profundo sentimiento para mí. Pero si no tengo esa gloria, tengo á lo menos la dicha de hallarme frente á frente con uno de los artistas más famosos de España, y fuera del caso está el decir que todos cuantos trabajos haya en el obispado serán para Vd. Por de pronto, pásese por aquí después de las elecciones y le encargaré diez frescos, con los que me propongo enriquecer las paredes de la iglesia de Santa María.

.....

(1) Dejamos al autor de este artículo la responsabilidad de algunas apreciaciones que no son las nuestras.

Demás está decir que el obispo engañó á los tres visitantes. Ocho días después escribía dos cartas con dirección á Roma.

Hélas aquí:

«Jaen 27 de.... 186....

Santísimo Padre: Soy diputado electo por los verdaderos fieles de.... obispado. Es este un cargo demasiado pesado para quien, como yo, no aspira á otra cosa más que á la oración y á la vigilancia de mis inferiores. Pero ya que Dios me impone esta carga, aseguro á S. S. que sabré luchar en el Parlamento como un fiel soldado de Jesucristo contra los enemigos de S. S. y de la Iglesia.

M. obispo de.... X.»

«Jaen 27 de.... 186....

Al General de la Compañía de Jesús.

Reverendísimo señor: Hoy escribo á Su Santidad Pio IX manifestándole ser diputado á Cortes. Recibirá también nuestro Santísimo Padre algunos ejemplares de *El Pensamiento Español*. Creo que si S. S. los lee no tardará en nombrarme arzobispo. Elevado á tal dignidad, á vos os dejo el ascenso próximo. Sabeis que soy vuestro de corazón y lo lo que os importa es crear cardenales adictos á.... por si acaso el anciano mue.... basta.

Vuestro seguro servidor,

M. obispo de.... X.»

Lector, una pregunta: ¿Fueron así los primeros cristianos?

SEGUNDA PARTE.

En tiempos de guerra.

V.

En una abadía.

D. Rolando, cura de B., á su sacristan Paneracio.

—Paneracio, hijo de mi alma, tendremos que partir en breve á matar esos *negrotes* que se llaman republicanos.

—Muy bien, mi querido señor cura, pero es el caso.... que....

—¿Qué? No hay caso que te libre: ó eres católico-carlista ó no; si lo eres de corazón como se requiere á los fieles hijos de la Santa Sede, todo vá bien; pero mira, y no lo tomes á broma; si me engañas, esto es, si te niegas á venir conmigo hasta el infierno si es preciso, nada, nada, te pego un tiro y.... asunto concluido.

—¡Ave María Purísima! ¿Está Vd. loco, señor cura?

—Haces milagros ¿eh? pues no estoy loco, ni maníático siquiera, hijo de mi alma; si te me vienes con casos, considerandos ó con aspavientos, lo que es yo te pego un tiro, porque el fin justifica los medios y no soy yo quien ha de parar en pequeñeces para que se pierda la buena causa; con que anda, hijo de mi alma, anda, y por la cuenta que te tiene ponte un pienso ligero al caballo, limpia bien los dos trabucos, vamos á ejercer de este modo la caridad fraternal y quede la fiesta en paz, ó si no.... ya te lo he dicho.

Paneracio resignado se dirige á un armario, saca dos bocas negras, déjalas sobre una silla, dá el pienso al caballo, vuelve y principia á limpiar los trabucos, mientras el cura le mira de soslayo.

D. Rolando comprende que ha estado demasiado severo con su fiel sacristan, y dicele procurando dulcificar la voz:

—Oye, Paneracio, yo no tengo, á escepcion de mi joven ama, á nadie en el mundo, ya lo sabes, y te quiero á pesar de que eres muy bruto (no te enfades); tal vez por eso mismo esos *liberalotes* de Santanas correrán....

—¡Vaya si corren! como que el otro día estaba yo en casa de la Sra. Casilda, y cádate aquí que me vislumbra un voluntario de la República. ¡Es el sacristan! exclama el malvado del hijo del alcalde; ese es un ojalatero. Todavía no había concluido

de proferir tales expresiones, cuando saltó sobre mí el voluntario, y gracias á la lijereza de mis piernas puedo contarle, que si no....

—De todo lo que me has referido no veo más que una cosa.

—¿Cuál?

—Que eres un cobarde siempre, y más cuando se trata de defender á nuestra sacrosanta religion.

Por la frente de Pancracio cruzó veloz como un meteoro el siguiente pensamiento: Quisiera verte á tí en igual caso.

La conversacion quedó aquí terminada.

VI.

En campaña.

¡Pancracio! ¡Pancracio! gritaba una voz, en la que se revelaba la angustia y el miedo, pero Pancracio no acudia.

Veamos lo que motivan aquellos gritos.

¡Qué espectáculo! sobre un monton de estiércol yace un hombre, envuelto en un manto rojizo, un solideo en la cabeza y un sombrero de teja á corta distancia; al otro lado veíase el trabuco, un revolver y un enorme sable de caballería.

Aquel hombre no era otro que D. Rolando el cura; pero no el D. Rolando envalentonado de la abadía, sino D. Rolando lleno de magulladuras, desfallecido por el cansancio, muerto de hambre y sed.

¿Qué demonios le había pasado? Vamos á verlo.

Al día siguiente del en que vimos á Pancracio limpiando los trabucos, y cuando el sol aún no había reflejado sus dorados y esplendentes rayos sobre las azuladas y espumosas aguas del Mediterráneo, abandonó la cama el valenton del cura, y seguido de su Sancho Panza, el fiel sacristan, se dirigió al campo. El cura sentía una imperiosa necesidad de respirar al aire libre; las cuatro paredes de su abadía le ahogaban, y pensando en que ya estaba en campaña, el césped le parecia la alfombra de los salones en que debe morar el tronado Pretendiente; el canto de las pintadas avecillas, los melodiosos acentos de la orquesta que ejecutaba magistralmente las mejores inspiraciones del génio; así es que ni advirtió el disgusto que estaba retratado en la estúpida fisonomía de Pancracio, ni se cuidó de nada de lo que á su alrededor pasaba.

Mientras el cura caminaba hacia una hora á través de erizados matorrales, alegres campiñas y ásperas montañas y el viento jugueteaba con su manto, un bulto se deslizaba silencioso por entre los árboles sin perder de vista al cura y á su compañero.

De pronto y cuando estaban cerca de una casa, dejóse oír un silbido agudo, y una lluvia de piedras y toda clase de proyectiles cayó sobre el cura y Pancracio.

—¡Fuego! ¡fuego! gritó el cura: pero Pancracio, arrojando lejos el trabuco que en sus manos sólo le servia de estorbo, emprendió las de Villadiego y no paró hasta el pueblo, distante cuatro horas del lugar de la catástrofe.

—¡Fuego! gritó el cura por tercera vez; pero una pedrada bien dirigida le dió en la cabeza y le privó del sentido.

Esto le enseñó al cura que no se deben emprender aventuras ni fiar mucho en el valor, yendo por esos mundos á deshacer entuertos y desfacer agravios.

Tres meses duró la convalecencia del cura; hoy está bueno y cuando le hablan de D. Carlos contesta: ¡Qué lo fusilen!

Benisa 7 de Setiembre de 1873.

F. DE A. CABRERA.

CÓDIGO DE DISCIPLINA DE LA IGLESIA CRISTIANA ESPAÑOLA.

(Continuacion del número 131 de este periódico.)

NOTA. Las Secciones que hoy publicamos rigen provisionalmente este año, en cuanto sea posible atenerse á lo que en ellas se dispone.

SECCION XVII.

ELECCION Y ORDENACION DE PASTORES.

1. En principio, el sistema de nuestra Iglesia es que el pastor sea elegido por el sufragio de la congregacion, procurando esta que la eleccion recaiga en persona adornada de todas las cualidades requeridas para el pastado. A cuyo efecto, la Junta, por medio de consultas privadas ó reuniones públicas (segun dispongan los Estatutos particulares), deberá conocer la voluntad de todos los miembros, á fin de que haya, si posible fuere, completa uniformidad de pareceres, y unanimidad de votos en la eleccion. Y despues pondrá en conocimiento del presbiterio el nombre del electo, remitiendo acta de la eleccion.

Mas como en la actualidad nuestros pastores no son sostenidos por sus respectivas congregaciones, sino por comités de misiones ó por bienhechores particulares, es muy justo que en la eleccion tome una parte importante el comité ó persona que sustenta al pastor. Así para evitar inconvenientes que podrian resultar fatales para las iglesias produciendo cismas, es muy conforme á justicia que la junta, el presbiterio y el comité ó persona que sustenta al pastor, se pongan de acuerdo en la eleccion de este; usando todos de prudencia, buena fé y espíritu cristiano, y atendiendo al bien espiritual de la Iglesia.

2. El pastor electo, si hubiere ya sido ordenado anteriormente por algun presbiterio de nuestra Iglesia, escribirá al que pertenezca la que le elige, manifestando que acepta el cargo. Y el presbiterio señalará día para que una comision de presbiteros (1) de su seno, vaya á instalarle como pastor en su nueva congregacion.

3. Si el pastor electo no hubiere sido ordenado todavía, se procederá del siguiente modo:

(1) El interesado escribirá al presbiterio manifestando que acepta el cargo, y acompañando documentos en debida forma que acrediten su edad, estado civil, estudios y conducta cristiana.

(2) En día señalado de antemano, el interesado se presentará ante una comision del presbiterio, y sufrirá un exámen á cerca de su fé, estudios teológicos y bíblicos, conocimiento de los deberes pastorales, y de su experiencia en la vida cristiana.

(3) Concluido satisfactoriamente el exámen, escojerá una de tres papeletas cerradas que contengan cada una un versículo de la Sagrada Escritura, y sobre dicho versículo escribirá en español un sermón, disponiendo de veinte y cuatro horas para su trabajo. Al día siguiente, pasadas las veinte y cuatro horas, pronunciará ó leerá dicho sermón ante el presbiterio, y lo dejará en su poder.

(4) Hecho esto con aprobacion del presbiterio, será enviado á la congregacion que le ha elegido, para predicar allí en tres cultos consecutivos. Pero esto se podrá omitir si su predicacion fuere ya conocida de aquella congregacion.

(5) Siendo el resultado favorable, se enviarán edictos (firmados por el Presidente y Secretario del presbiterio) á todas las iglesias del mismo, y á aquella de que sea miembro el ordenado. En dichos edictos se manifestará que el presbiterio se propone ordenar á D. F. de T. en la iglesia de... el día..., y que si alguno sabe algo que pueda ser un impedimento para la ordenacion de aquella persona, está obligado en conciencia á manifestarlo por escrito al presbiterio, antes del día señalado. Estos edictos se leerán desde el púlpito de las res-

(1) Presbiterio, para los efectos de este Código, significa el ministro ordenado para predicar el Evangelio y administrar los Sacramentos, sea ó no pastor.

pectivas iglesias en tres domingos consecutivos, y durante las dos semanas intermedias se fijarán en sitio público dentro del templo. Segun el resultado de los edictos, el presbiterio decidirá si ha de abandonar, suspender, ó verificar la ordenacion.

(6) Habiendo resolucion favorable, en el día señalado tres ó más presbiteros comisionados por el presbiterio pasarán á la congregacion interesada, y despues que el candidato haya puesto su firma en los respectivos ejemplares de la Confesion de fé, Directorio del culto y Código de disciplina que conserva el presbiterio, y en los Estatutos de aquella congregacion, procederán á ordenarle é instalarle en la forma que dispone el Directorio.

(7) Concluida la ordenacion, se levantará acta de ella, que deben firmar todos los presbiteros ordenantes y el ordenado, y se conservará en el archivo del presbiterio.

(8) Al nuevo ordenado se le dará copia autorizada por el Presidente y Secretario del presbiterio, del acta de su ordenacion, y se le devolverán todos los documentos que presentó, despues de haber sacado copia ó tomado nota de ellos, que debe unirse al expediente de ordenacion.

4. Si no hubiere motivos poderosos en contrario, el pastor será ordenado siempre en presencia de su congregacion.

5. Si por razones especiales se verificase alguna ordenacion por la Asamblea y durante ella, el expediente y acta quedan á cargo del presbiterio á que pertenece la iglesia en que tenga lugar.

6. Solo por una necesidad ó utilidad reconocida podrá conferirse la ordenacion á personas que no sean pastores. Pero nunca se les dispensará de exámen y edictos, ni tampoco de la edad, que debe ser 25 años á lo ménos.

7. Si un pastor electo hubiere sido ordenado por alguna otra iglesia evangélica, presbiterial ó episcopal, lo acreditará por medio de documento en regla, y su ordenacion se tendrá por válida, mientras no existan pruebas en contrario. Pero deberá firmar los documentos de que habla el artículo 3, párrafo (6), y aun sufrir exámen si el presbiterio lo acuerda.

8. Si un pastor electo hubiere sido presbitero de la Iglesia romana, presentará su título ó cartilla de ordenacion, y se le aplicará con prudente rigor y extremada cautela todo lo dispuesto en el artículo 3, esceptuando la imposicion de manos, y aun esta puede recibir si lo desea.

9. Lo dispuesto en el artículo anterior no tiene lugar cuando un presbitero, que lo fué de la Iglesia romana, es pastor de alguna congregacion por él formada y que se une á nuestra Iglesia.

SECCION XVIII.

ASAMBLEA.

1. Cada año, en el lugar y tiempo de antemano acordado, se celebra una Asamblea general de nuestra Iglesia.

2. Deben componer la Asamblea delegados de todos los presbiterios; mas atendido el corto número de estos en la actualidad, son miembros de la Asamblea los siguientes:

(1) El pastor, propio ó accidental, de cada congregacion.

(2) Un anciano de cada congregacion.

(3) El ministro ó predicador que esté formando alguna mision, bajo la superintendencia de nuestra Iglesia.

(4) El ministro que dirija ó que desempeñe cátedra en Seminarios teológicos de nuestra Iglesia.

(5) Un delegado de cada comité ó individuo particular que sostenga una ó más de nuestras congregaciones.

(6) Los diputados de Iglesias hermanas.

(7) Y aquellas personas á quienes por su ciencia ó práctica en la vida cristiana, la comision crea útil invitar.

3. Los individuos contenidos en los párrafos (5), (6) y (7) del artículo anterior, son miembros honorarios, y pueden tener voz en todos los asuntos

con el beneplácito del Moderador; pero sólo tienen voto en el seno de las comisiones para que fueren nombrados.

4. El pastor podrá ser sustituido por su auxiliar (si lo tuviere) con tal de que este sea ministro. El anciano podrá ser sustituido por un delegado, con tal de que este sea anciano también de cualquiera congregación. La iglesia que no tuviere ancianos, podrá enviar á un miembro de su seno, ó delegar á un anciano de otra congregación.

5. Los representantes de congregaciones independientes que vinieren á la Asamblea con el objeto de unirse á nuestra Iglesia, se considerarán como diputados de Iglesia hermana; y desde el momento que la union quede realizada, les serán aplicables los párrafos (1) y (2) del artículo 2, y el artículo 4.

6. El día anterior á la apertura de la Asamblea se reúnen privadamente en sesión preparatoria, sin formalidad alguna y sin que se tome acta de ella, los miembros expresados en los párrafos (1), (2), (3) y (4) del artículo 2, para conocer los trabajos que hay preparados, determinar el orden de estos, acordar las horas de sesión y convenir en otros detalles.

7. La mesa de la Asamblea se compone de cinco individuos, á saber: Un Moderador, dos Adjuntos, y dos Secretarios, los cuales han de componer también la comisión permanente durante el año hasta la Asamblea próxima.

8. El día de apertura se celebra un culto público en que predica el Moderador saliente. Concluido el culto, el Moderador declara abierta, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, la Asamblea ordinaria del año. Luego él y los Adjuntos se retiran de la presidencia. Ocupala entonces el pastor de más edad, el cual junto con los Secretarios que permanecieron en su puesto, forman la mesa interina. Luego se procede por medio de papeletas cerradas á la elección individual, empezando por el Moderador, de las cinco personas que han de constituir la mesa definitiva. Elegidos estos individuos, ocuparán sus respectivos puestos, y entonces el Moderador dirige la palabra á la Asamblea, y dá lectura á la Memoria que los Secretarios anteriores dejaron escrita con los datos recibidos de los presbiterios en el mes anterior. Concluida esta lectura, el Moderador señala la orden del día para el siguiente, y despues de haber orado, levanta la sesión. El acta de esta sesión debe estar firmada por la mesa saliente, la interina y la definitiva.

9. Las sesiones siguientes empiezan con la lectura de una parte de la Biblia y con oración. Se lee por el Secretario el acta de la sesión anterior, se concede la palabra sobre ella y se aprueba. Despues se concede la palabra para preguntas, y luego se entra en la orden del día. Y se concluye con oración.

10. Sobre la mesa estará siempre una lista de los miembros de la Asamblea que tienen voto, y otra de los honorarios.

11. Las sesiones son públicas. Mas para tratar de faltas ó censuras, y para otros casos especiales que la Asamblea acuerde serán secretas; á las cuales solo asistirán los miembros votantes, y aquellas otras personas que la Asamblea determine, si su presencia se considera necesaria.

12. La Asamblea puede declararse en sesión permanente para resolver algun asunto, cuando lo reclame la urgencia grave del mismo.

13. El Moderador debe dirigir los debates con imparcialidad, cuidando que los oradores no extravíen las cuestiones, sostener la libertad de los individuos de la Asamblea, conceder, negar, ó retirar la palabra, señalar la orden del día, y hacer observar el orden, apoyado en las facultades que la Asamblea le ha conferido, asesorándose de los Adjuntos y Secretarios, y consultando á la Asamblea en caso necesario.

14. Cuando el Moderador quisiere tomar parte en algun debate, con la vena de la Asamblea, dejará la presidencia y tomará asiento entre los

miembros. Presidirá entonces el ex-Moderador último.

15. Lo mismo harán los demás individuos de la mesa, con la vena del Moderador, siendo reemplazados por otros individuos de la misma mesa ó por suplentes.

16. No puede abrirse la sesión si no hay presentes al menos una tercera parte de miembros votantes.

17. Se conceden dos turnos en pró y dos en contra para la discusión de toda materia, los cuales pueden aumentarse cuando la mesa ó la Asamblea lo acuerde, atendida la gravedad de lo que se discute.

18. La palabra se pide á la mesa, y nadie hará uso de ella hasta que el Moderador se la conceda.

19. A ningún orador se le permite hablar dos veces sobre un mismo asunto, á no consumir más de un turno.

20. Para rectificar y para alusiones solo se concede la palabra una vez.

21. Todo asunto debe discutirse y votarse primero en su totalidad, y luego por párrafos ó artículos, y al fin se vota definitivamente.

22. Toda resolución ha de ser aprobada ó desechada por mayoría de votos presentes.

23. No puede verificarse votación alguna definitiva, si no están presentes dos terceras partes de los miembros votantes.

24. Las votaciones pueden ser ordinarias ó nominales cuando lo pidan tres miembros.

25. La votación ordinaria se efectúa poniéndose en pié los que aprueban, y permaneciendo sentados los que se oponen.

26. La votación nominal se efectúa, leyendo un Secretario los nombres de los miembros, y respondiendo estos sí ó no. Esta votación debe incorporarse al acta con los nombres de los votantes.

27. La votación secreta, que tiene lugar si la piden tres miembros, se efectúa por medio de papeletas cerradas en que conste el sí ó el no.

28. Para las votaciones nominales ó secretas, el Moderador mandará cerrar las puertas de la Asamblea, á fin de que nadie entre ni salga durante la votación.

29. En la sesión primera ó segunda la Asamblea nombrará una comisión para dar dictámen sobre las proposiciones de leve importancia que se hayan tomado en consideración, y para las peticiones. Para las proposiciones importantes, á juicio de la mesa, puede en cada caso nombrarse comisión especial.

30. Todos los asuntos de la Iglesia caen bajo la jurisdicción de la Asamblea.

31. Las materias que por disposición de la Asamblea anterior hubieren sido confiadas para su estudio y dictámen á comisiones especiales, tienen la preferencia en la orden del día; y dada lectura de ellas, se ponen á discusión, defendiéndolas sus respectivas comisiones. Mas si hubiere voto particular, este se discute antes.

32. Todo asunto nuevo se presenta á la mesa por medio de proposición firmada por tres individuos. La mesa dá lectura de ella en ocasión oportuna, y puede apoyarla uno de los firmantes para que se tome en consideración. Así tomada, pasa á la comisión para que dé dictámen. Si este es contrario, puede ser discutido. Si es favorable, pasa á discutirse la proposición, empezando por el contra.

33. Cuando se presenta una proposición que entraña alguna alteración esencial en aquellas cosas que rigen con carácter no provisional ó transitorio, sino definitivo y permanente, ya por aprobación de anterior Asamblea, ya por práctica constante de la Iglesia, debe obrarse con mucha prudencia y cautela á fin de evitar cismas. Por lo cual, ninguna cuestión de esta clase debe resolverse favorablemente por la misma Asamblea en que se inicie, sino que despues de tomada en consideración (para lo cual se concederán dos ó tres turnos), se nombra una comisión especial que durante el año estudie la materia, consulte los presbiterios, y en conformidad al parecer de la Iglesia, presente

dictámen en la Asamblea próxima. Y entonces se ha de debatir extensamente y se aprobará si reúne al menos tres cuartas partes de votos favorables, tomándose estas tres cuartas partes, no de los votos presentes, sino de todos los miembros que tienen derecho á asistir á la Asamblea; y es necesario además que entre los votos favorables los haya de todos los presbiterios.

34. Toda proposición tomada en consideración, (no siendo de las que habla el artículo anterior), puede discutirse en seguida sin pasar á la comisión, si así lo acuerda la Asamblea.

35. Las enmiendas basta que estén firmadas por un solo individuo: son presentadas á la mesa, se dá lectura de ellas, y son apoyadas por el interesado. Si se toman en consideración, son discutidas antes que el asunto sobre que se presentan.

36. Todo el que presente una proposición ó enmienda, puede retirarla antes de que se tome en consideración.

37. Las actas deben redactarse con escrupulosa fidelidad, describiendo el orden de la sesión sin omitir detalle alguno importante, pero sin transcribir los razonamientos y argumentaciones de los oradores.

38. Hágase lo posible para que se tomen notas de los discursos por medio de taquígrafos. Y estos discursos revisados y corregidos por sus autores respectivos, y las actas aprobadas por la Asamblea, se conservarán en el archivo, así como todo otro documento interesante.

39. Seria conveniente que cuanto pasa en la Asamblea se publicase en un diario de sesiones; pero si esto no fuere posible, la mesa de la Asamblea en vista de las actas y demás documentos, redactará una extensa Memoria, y se publicará firmada por el Moderador, Adjuntos y Secretarios.

40. Habrá un sello con la inscripción Iglesia Cristiana Española, que obrará en poder del Moderador, tanto durante la Asamblea como en el transcurso del año. Todo documento que emane de la Asamblea ó de la comisión permanente, irá atestiguado con este sello.

41. Concluida la Asamblea, se celebra un culto público en acción de gracias, en el que predicará el Moderador, y participan de la Eucaristía antes de separarse los pastores y ancianos para sus respectivas iglesias.

42. En la última sesión, la Asamblea acuerda el lugar y día en que habrá de reunirse el año próximo.

43. La mesa de la Asamblea, junto con otros individuos de la misma, (con el carácter de suplentes), componen la comisión permanente durante el año.

SECCION XIX.

LA COMISION.

1. Pertenece á la comisión permanente (Sección XVIII, art. 43) durante el año:

(1) Velar por el bien de la Iglesia, comunicando á los presbiterios todas las noticias que puedan interesarles, dándoles los consejos que crean prudentes en ocasiones dadas, y resolviendo las dudas cuya solución ó aclaración solicitaren.

(2) Llevar á efecto las disposiciones que por la Asamblea se le hubieren confiado.

(3) Sostener y fomentar las relaciones de nuestra Iglesia con las demás Iglesias hermanas.

(4) Y dar cumplimiento á otros artículos de este Código que especialmente se refieren á dicha comisión.

2. Uno de los Secretarios de la comisión firmará todos los documentos que se refieran á los asuntos interiores de nuestra Iglesia, y el otro los que se refieran á las Iglesias hermanas del extranjero.

3. La comisión celebrará reunión siempre que el Moderador la convoque bien de su propia iniciativa, ó porque lo pidan dos individuos de la misma.

4. Tendrá al menos una reunión algunos días antes de la Asamblea.

5. Estas reuniones se celebrarán en el lugar que

el Moderador determine, y no podrán efectuarse si no asisten al menos tres de sus miembros.

6. Antes de la Asamblea, con los datos que los presbiterios les faciliten, redactará una Memoria de lo acaecido en la Iglesia durante el año, para el uso que determina el art. 8 de la Sección XVIII.

7. Un mes antes de la reunión ordinaria de la Asamblea, la comisión pasará oficio á todas las congregaciones, recordándoles el día y lugar en que ha de celebrarse, según el acuerdo del año anterior. Y asimismo invitará á aquellas personas ó corporaciones de que se hace mención en la Sección XVIII, art. 2, párrafos (3), (4), (5), (6) y (7).

8. Cuando causas graves lo reclamen, la comisión puede convocar Asamblea extraordinaria, anunciando el día y lugar en que ha de celebrarse y el asunto que en ella se ha de tratar. Y en dicha Asamblea no puede discutirse ni resolverse otra cosa que aquella para que se haya convocado.

SECCION XX.

MISIONES.

1. En el estado actual de nuestra Iglesia, deben abrirse continuamente nuevas misiones para extender la obra del Señor en todos los ámbitos de nuestra patria.

2. Reconocemos el perfecto derecho de todas las Iglesias y aun de todos los cristianos á establecer misiones en nuestro país, y les alentamos encarecidamente á ello. Mas la comisión de nuestra Iglesia debe también por su parte valerse de todas las oportunidades y de todos los medios que estén á su alcance para establecerlas.

3. La comisión dirigirá por sí, ó encargará á los presbiterios, las misiones que vaya estableciendo y hará lo posible para que las establecidas y dirigidas por otros acepten nuestra forma y se agreguen con el tiempo á nuestra Iglesia.

4. Mas como es de todos conocida la dificultad de establecer y sostener misiones perennes, y por otra parte urge en extremo difundir la Buena Nueva de salvación en nuestra querida patria, la comisión queda encargada de diputar algunos ministros que periódicamente recorran algunos distritos de antemano asignados, y prediquen donde hallen ocasión y proporción para ello, formando así núcleos de cristianos, que podrán paulatinamente convertirse en misiones perennes y á su tiempo constituirse en iglesias.

5. Cuando los resultados de una misión indiquen que puede ya constituirse en iglesia, pertenece á la Asamblea sancionarla y agregarla á un presbiterio.

SECCION XXI.

ESCUELAS Y COLEGIOS.

1. Siendo de suma importancia la instrucción de la juventud, nuestra Iglesia debe ser solícita en la creación de escuelas y colegios.

2. Cada congregación, pues, considerará como un deber suyo establecer escuelas de instrucción primaria para sus niños de ambos sexos, en las cuales á una sana doctrina religiosa se añada una sólida instrucción literaria hasta el grado que la capacidad de los niños permita.

3. Para dichas escuelas buscarán las congregaciones profesores aprobados por el presbiterio.

4. Estas escuelas quedarán bajo la superintendencia de las Juntas, y la enseñanza religiosa bajo la supervisión inmediata de los pastores.

5. Los profesores, de acuerdo con la Junta, quedan en libertad de elegir los libros de texto, si bien es conveniente que haya uniformidad en todas nuestras escuelas. Mas en los libros de enseñanza religiosa es preciso que haya completa uniformidad, no pudiendo usarse otros que los aprobados por la Asamblea.

6. La lectura de la Sagrada Biblia es obligatoria en todas las escuelas.

7. Si la instrucción en estas escuelas ha de ser gratuita ó retribuida por los alumnos, queda á la

determinación de las Juntas, las cuales obrarán según las necesidades de la localidad.

8. En cada congregación habrá escuelas dominicales, las que no podrán trasladarse á otros días de la semana, por cuanto su objeto no es meramente la enseñanza religiosa (la cual todos los días debe darse en nuestras escuelas), sino también acostumbrar á los niños á reunirse en congregación los domingos, para santificarlos con un culto adaptado á la capacidad de sus tiernas inteligencias.

9. Si es de suma importancia la instrucción de la juventud en general, no lo es menos la instrucción de aquellas personas que se sienten llamadas á desempeñar el ministerio de la palabra. Por tanto, para proveer de pastores y misioneros á nuestra Iglesia, debe establecerse un seminario de Teología, cuyo programa de enseñanza, cuadro de profesores, régimen y demás detalles, serán determinados por la Asamblea.

SECCION XXII.

LIBROS Y PERIÓDICOS.

1. Por su indispensable necesidad y grande é indispensable utilidad, nuestra Iglesia desea con ahínco la publicación y circulación de libros, folletos y periódicos, para la enseñanza y propaganda religiosa.

2. Mas como nuestra Iglesia no es una sociedad editorial, debe estimular por cuantos medios estén á su alcance, á las sociedades ó empresas que con este objeto se han creado ó se crearen.

3. Hay sin embargo ciertas publicaciones en las que, por su delicada índole ó especial carácter, la Iglesia misma debe intervenir, y aun tomar en ellas la iniciativa si necesario es, tales como las siguientes:

(1) Una nueva traducción de la Biblia, ó una concienzuda revisión de alguna de las traducciones que existen.

(2) Confesión de fe.

(3) Catecismo de doctrina.

(4) Himnos para el uso público en los templos.

(5) Directorio del culto.

(6) Código de disciplina.

(7) Una obra de teología.

(8) Un periódico oficial.

4. Nuestra Iglesia no es responsable de las doctrinas y opiniones sustentadas en libros, folletos y periódicos, si no llevan estos la aprobación de la Asamblea ó de la comisión.

5. Los autores ó editores de libros, folletos y periódicos que deseen tener para los mismos la aprobación de la Iglesia, deben remitir á la Asamblea ó á la comisión los originales para su correspondiente lectura y examen.

6. Se ruega á todos los autores y editores de publicaciones religiosas en conexión con nuestra Iglesia, (sean ó no aprobadas por la misma) remitan á la comisión dos ejemplares para formar una biblioteca general.

Artículo adicional. Hasta tanto que se dé cumplimiento al párrafo (1) del artículo 3, queda recibida y autorizada en nuestra Iglesia la versión de la Biblia por Cipriano D. Valera, publicada en Madrid por la Sociedad Bíblica de Londres.

SECCION XXIII.

FONDOS Y GASTOS.

1. Como por ley natural todo hombre tiene derecho á vivir de su trabajo, así la Sagrada Escritura sanciona que los que trabajan para la Iglesia tienen el derecho de vivir á expensas de sus hermanos en la fe. Por tanto, nuestra Iglesia reconoce que los pastores, misioneros, maestros y demás personas que no pueden dedicarse á otras profesiones por invertir su tiempo en el bien espiritual, moral ó intelectual de sus correligionarios, deben ser retribuidos en proporción á su trabajo y al tiempo que en él emplean.

2. Hay además que invertir dinero en templos,

en escuelas, en socorro de pobres desvalidos, y en otras cosas que son indispensables para la marcha ordenada y decorosa de la Iglesia.

3. Por consiguiente, todos los miembros de nuestras congregaciones han de considerar como un deber y un privilegio suyo el contribuir con alguna parte de sus haberes, según su conciencia, al sostenimiento y mayor desarrollo de la obra del Señor; de tal manera que la Iglesia, para su sosten, no tenga que depender de los gobiernos ni de personas á ella extrañas.

4. El sistema de recaudar los fondos necesarios es peculiar á cada congregación, pudiéndose adoptar el repartimiento, la suscripción, la ofrenda voluntaria, la colecta, etc., ó algunos de estos medios combinados.

5. Cada congregación con dichos fondos ha de acudir á todos sus gastos, según los presupuestos y reglas de sus Estatutos particulares. Y además ha de contribuir con una parte al presbiterio para los gastos de este, y con otra á la comisión permanente para los gastos de la Asamblea y para la realización de aquellos proyectos y medidas generales que en la Asamblea se adoptaren.

6. Mas como en la actualidad nuestra Iglesia es sumamente pobre y sus propios recursos insignificantes, hasta tanto que llegue el día en que por sí misma pueda atender á su propio sosten, las Juntas, los presbiterios y la comisión de la Asamblea quedan encargados de apelar á la munificencia y liberalidad de las Iglesias hermanas, de las sociedades de misiones y de los bienhechores particulares, para alcanzar los recursos indispensables, dando cuenta de todo cada año las Juntas á los presbiterios, y estos á la Asamblea.

Las Secciones xxiv y xxv, que contienen *Fórmulas*, y un *Procedimiento en casos de escándalo*, etcétera, las omitimos por ser de poco ó ningún uso mientras no se hallen aprobadas por la Asamblea.

LA CUESTION DEL SEMINARIO. (1)

En la Asamblea de la Iglesia Cristiana Española, que celebró sus sesiones desde el 10 al 27 del pasado Junio, se presentó una carta del comité de misiones extranjeras de la Iglesia presbiteriana de los Estados-Unidos de América, ofreciendo sostener la fundación de un seminario teológico, en caso que este se juzgase necesario. En la misma Asamblea D. Guillermo H. Gulick, como representante del comité americano de comisionados por las misiones extranjeras de Boston, Estados-Unidos, ofreció ayuda para este mismo objeto. La Asamblea unánimemente dió un voto de gracias á estos benéficos auxiliares en la obra, y con toda la mayor cordialidad, por considerarse semejante colegio de urgente necesidad para la creciente obra de la evangelización española. Después se nombró una comisión para redactar el prospecto, (ó programa) que fué presentado á la Asamblea, fijando el objeto del susodicho colegio, limitando el curso (ó tiempo) de los estudios á 5 ó 6 años, proveyendo para dos clases (cátedras) y designando los objetos que debían ser enseñados. Este corto diseño no podía, sin duda, pretender dar una exacta regla para la forma de una institución, aun en vías de fundarse, pero ellas indicaban claramente el general interés, que era sentido por todos los obreros evangélicos en España en esta importante materia. Y finalmente, la Asamblea nombró el infrascrito comité, para dar los pasos necesarios á fin de llevar á la existencia semejante establecimiento, y especialmente para tratar con aquellas iglesias ó comités de misiones que quisiesen contribuir á esta obra y prestar ayuda para

(1) Damos á luz el presente documento que se nos ha remitido, y del que hablamos en nuestra *Sección de Noticias*, aunque la traducción nos parezca incorrecta y poco inteligible alguna vez.

ejecutar un comienzo, aunque en pequeña escala, cuanto antes fuera posible.

Aunque es de esperar que con el tiempo esta institución pueda tener su propio local y recursos propios para los profesores, haremos por ahora mención solo de aquellas cosas que sean absolutamente necesarias para dar principio al precitado colegio. Si el seminario en cuestión se fundase por el presente en Madrid, donde se reúnen mayores facilidades para los estudios teológicos que en ninguna otra parte de España, alguno de los pastores españoles, así como de los misioneros extranjeros que trabajan allí, se prestarían voluntariamente, en cuanto el tiempo se lo permitiera, á instruir á los estudiantes.

Sería no obstante indispensable que una persona se pusiese al frente del colegio para dirigir sus negocios y combinar y utilizar cualquiera otros auxilios que fuesen ofrecidos. El salario de semejante persona no puede fijarse en menos de 1.000 duros (L. 200).

Sería necesario en segundo lugar procurar habitaciones aptas con su menaje y los demás requisitos para la enseñanza. La suma necesaria para este objeto no puede sin duda fijarse de una manera exacta hasta que se consigan las habitaciones, pero creemos que se obtendría por 250 á 300 duros al año (de L. 50 á 60).

Finalmente, sería probablemente necesario en los más de los casos contribuir al sostenimiento de los estudiantes, porque hasta ahora nuestras congregaciones han sido tomadas (constituidas) por gente pobre; pero indudablemente debe ponerse todo cuidado para que los estudiantes en cuanto sea posible se sostengan á sí mismos ó sean sostenidos por sus padres y parientes. Si el seminario se colocase en Madrid no podemos estimar la suma necesaria para el sosten de un estudiante en menos de 150 duros (L. 30) al año. Si el seminario principiase con seis estudiantes se requerirían para este objeto cerca de 900 duros (L. 180) al año.

Hemos hecho estos cálculos para informe de algunos amigos que quisieran interesarse en la obra. No es necesario para nosotros entrar en mayores detalles, como el establecimiento de todas estas materias recaerá sobre los que funden y sostengan el seminario.

Pero quizá debamos añadir una palabra respecto á la posibilidad de fundar semejante institución en la actual perturbación del país. España está pasando terribles pruebas y no podrán continuar por mucho tiempo. Nosotros no podemos aventurar lo que sucederá en lo futuro, y quizás en ningún país sea tan difícil pronosticar los cambios políticos. Pero debemos confesar que todos los disturbios hasta ahora no han impedido la obra de la evangelización ni afectádola de un modo serio; y por lo tanto, estamos justificados en no esperar que la condición política ó social del país parezca fijarse. Cualquiera que sea el Gobierno establecido, no aparece probable que la libertad religiosa sea destruida.

Que la mayor necesidad de España es enseñar y educar bien á los predicadores evangélicos; por lo tanto un seminario es una necesidad urgente y cuanto antes se establezca será mejor.

(Firmado.) JUAN B. CABRERA, *Moderador de la Iglesia Cristiana Española*.—GUILLERMO MUR.—GUILLERMO H. GULICK.—FLIEDNER, *Pastor, Secretario*.

NOTICIAS VARIAS.

Segun dice un colega, en algunos pueblos de Vizcaya se ha restablecido la Inquisición con todas las ceremonias, requisitos, prerogativas y dignidad de sus mejores tiempos. Al rayar la aurora recorre la población una comunidad de padres inquisidores cantando salmodias y obligando á todos los vecinos, machos y hembras, pequeños y grandes, á seguir hasta la iglesia, donde despues de celebrada la misa matinal se reza el rosario. Desde las primeras horas de la noche recorren diferentes patrullas la

población, mandan cerrar los establecimientos públicos y retirar á sus hogares á los que encuentran por las calles. Excusamos decir que los bailes públicos han sido condenados por heréticos, las funciones teatrales por inmorales, tolerando tan solo los antiguos juegos de pelota de doce á dos de la tarde en días laborables, y el *canto* los días festivos.

El tribunal de la Inquisición tiene ya en su poder 85 presos acusados unos de herejía, otros por liberales y otros por habérseles encontrado en su casa libros impíos. Aunque no se ha hecho ningún auto de fé, es probable que aquellos vecinos presencienc el mejor día uno de aquellos espectáculos bárbaros que tanto horror han causado á los pueblos cultos.

Véase, pues, cómo no nos hemos engañado al repetir un día y otro que los absolutistas de hoy serán como los de ayer. Los tigres nacen siempre de raza de tigres.

Con cristiana satisfacción anunciamos que la Sociedad de la Cruz Roja, de la cual son presidentes en España los condes de Ripalda y de Serrurier, está haciendo esfuerzos infatigables para amorrar, respecto de los heridos, los males de la guerra civil en nuestra patria. Aun cuando la Convención de Ginebra no se aplica á las guerras civiles, que jamás debieran existir, por su impulso se establecen comités en las provincias del Norte y en Cataluña.

Recomendamos á nuestros hermanos esta benéfica Asociación. En Madrid también está establecida y se la puede auxiliar remitiéndola no solo dinero, sino también trapos, hilas, etc.

Es curioso consignar como una muestra del cambio de los tiempos, el ofrecimiento hecho por el cardenal arzobispo de Burdeos á los judíos de aquella ciudad. En efecto, incendiada la sinagoga hace poco tiempo, y abierta una suscripción para repararla, el jefe del culto católico espontáneamente se ha brindado á contribuir por una gran parte á tan piadoso objeto. ¿Dónde están, pues, aquellos autos de fé de sus antecesores?

Así lo dice un periódico.

Dorregaray ha repartido á sus tropas despues de la comunión de Loyola unos corazones, bajo los cuales se lee el siguiente lema.

«Detente, el corazón de Jesús está conmigo.»

Este amuleto está destinado á detener las balas de nuestros soldados.

Aconsejamos, sin embargo, á los carlistas que no se pongan al paso de las balas, porque pudieran ser muy bien que estas, á pesar de los amuletos, no les respetaran.

Copiamos de un periódico:

«Varias veces hemos hecho notar á nuestros lectores el gran fanatismo con que algunas familias envían sus hijos á las partidas carlistas. Hoy podemos ofrecer una muestra auténtica de ello en una carta muy curiosa hallada en los bolsillos de un oficial muerto en el ataque de Caldas de Montbuy, segun refieren los periódicos de Barcelona. Parece imposible, como se verá, que haya padres capaces de exaltar á sus hijos en estas barbaridades.»

«Querido hijo: No puedes figurarte lo que nos hemos alegrado, y lo mismo toda la familia y amigos, al recibir tu carta tan deseada del día 26, despues de tantos meses esperándola, aunque hemos procurado adquirir noticias tuyas y las hemos tenido algunas veces de tu salud por conducto de la persona que te llevó las medallas y lo demás; pero no sabíamos que hubieses tenido heridas, de que gracias á Dios estás curado: Dios y la virgen del Pilar y la de Monserrat sacará con bien á los que defienden la santa causa, y aunque algunos mueran, como no puede menos, mueren mártires de la fé y Dios los premiará: está siempre bien dispuesto y tranquilo de conciencia por lo que pueda suce-

der; por lo demás no hay que temer, y tú y tienes valor y serenidad.

»Nos alegramos mucho de que te portes tan bien, y de que por eso te quieran tanto tus jefes: sigue así y harás tu carrera, y saliendo bien estas cosas tengamos el gusto de abrazarte aquí. ¡Cuándo llegará ese día, que será el más feliz de nuestra vida, y nos recompensará los malos ratos que pasamos acordándonos de tu suerte!

»Con que segun dices, parece que ya eres oficial: mucho nos alegramos y lo mismo toda la familia y amigos, y siguiendo así puedes esperar buena suerte, si Dios mira por su santa causa, como lo esperamos....

»Hoy te he asentado en la cofradía de San José para que te proteja, y las monjas y sus capellanes me han ofrecido pedir por tí en sus oraciones.»

El resultado de estas oraciones y el desenlace que tan feliz se lo pintan los padres, es que su hijo no existe ya.»

¡Desgraciados padres, á quienes el fanatismo arrastra á escribir á sus hijos cartas como la presente!

El 1.º de Octubre próximo se abrirá al público un colegio superior de segunda enseñanza cristiano, donde la juventud pueda recibir una educación sólida que la libre de las exajeraciones del racionalismo filosófico como de las teorías del fanatismo religioso.

Las bases sobre que se funda la enseñanza que en él se dará, son:

Primera. La enseñanza comprenderá todas las asignaturas que se enseñan en los Institutos y colegios oficiales, conforme al plan vigente de estudios mandado observar por el Gobierno.

Segunda. Todos los alumnos se sujetarán en el orden y distribución de asignaturas, horas de clase, libros de texto, etc., etc., al plan adoptado por la Junta de Profesores, que estará al público en la portería del colegio.

Tercera. Todos los alumnos satisfarán por meses adelantados la módica cantidad de 10 reales por cada asignatura ó grupo de asignaturas señalado en el plan de los Profesores, y si alguno tomare alguna asignatura de otro grupo distinto satisfará el doble.

Cuarta. Los Profesores sólo responden del éxito de sus alumnos, cuando éstos se sujeten en un todo al plan de estudios adoptado por ellos.

Recomendamos eficazmente este colegio á nuestros hermanos y amigos.

Ha abierto sus puertas hoy mismo y se halla establecido en la calle de Leganitos, núm. 4.

Nuestro amigo el Sr. Carrasco ha debido embarcarse en el Havre para Nueva-York, el 25 ó 26 del pasado. En nuestro próximo número daremos noticia de los asuntos de que se ha de ocupar la Alianza Evangélica en sus sesiones, que comenzarán el 2 y acabarán el 12 del corriente.

También nuestro hermano, Mr. Fliedner, ha salido para los Estados-Unidos. Lleva en su poder el dictámen de la comisión de la Asamblea, sobre el futuro Seminario que se ha de fundar en esta población costeado por un comité de aquella poderosa República, dictámen que en otro lugar publicamos.

Hoy abrirá sus puertas una escuela normal evangélica, situada en la calle de Leganitos, número 4. Las bases de ella, que son altamente recomendables, se dan á conocer en el dicho local. Nos alegramos de que el ardor crezca y el deseo de trabajar se encienda en los que sirven al Señor.

Hemos oído decir que la iglesia evangélica de la plazuela del Limón, se trasladará á la calle de Leganitos, núm. 4.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.